

El estudio es manantial de goces imperecederos.

El estudio bruñe y cincela nuestro entendimiento; el estudio fortifica nuestro criterio; el estudio ilumina nuestra razón.

La pasión por el estudio, que es una de las más nobles, extingue en nuestra alma mezquinas pasiones, rasga densas brumas, y cual rayo de luz penetra en los más encapotados horizontes, inundándolos de suaves resplandores.

Maridos, si teneis fortuna, regalad á vuestras mujeres una biblioteca, porque ha dicho un hombre de esclarecido talento: *toda mujer que abre un libro avoriza al diablo.*

Los antiguos al presentarse el demonio le hacían la cruz; los hijos del siglo XIX creemos que el mejor conjuro es un buen libro.

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER.

MEXICANAS CÉLEBRES.

GUADALUPE BRILANTI.*

La narración de las desgracias inspira interés hasta en las almas menos dotadas de sensibilidad, y se siente algo que el más consumado materialista no podrá explicarse satisfactoriamente por medio de su ciencia práctica.

¿Qué son, dicen ciertas personas indiferentes, los acontecimientos á que la humanidad está sujeta, sino un concurso de circunstancias demasiado naturales, para despertar el interés de quienes á la luz de la razón no ven sino efectos de una causa que se explica sólo por las invariables leyes de la naturaleza? Pero á pesar de ésto, preciso es convenir, sin degenerar en el fatalismo y sin adherirse á las teorías racionalistas, en que hay seres que parecen marcados por el dedo de la Providencia, ó con un estigma que los condena á la desgracia, ó con una aureola de luz que ilumina siempre á sus ojos un camino de flores. El talento más profundo no podrá nunca explicarse estos misterios, que en verdad parecen escaparse á la penetración del pensamiento humano.

Guadalupe Brilanti presenta uno de los muchos ejemplos de seres desdichados, cuya existencia es un doloroso gemido que ahogan las risotadas de la multitud, y del que apenas queda uno que otro eco para demostrar unas veces la ingratitud del mundo, otras el extraño destino que ha acompañado á estos seres durante su corta peregrinación por la tierra.

El primer vagido de la interesante joven á quien vamos á biografiar, se unió, sin querer, á las aclamaciones que en favor de nuestra Independencia se escuchaban por todas partes, á pesar de las ejecuciones de Chihuahua, y de otros acontecimientos, que parecían haber extinguido la desastrosa lucha entre realistas é independientes, no siendo aquella aparente calma sino la precursora de nuevas tempestades.

Guadalupe era hija de D. Pedro Moreno, caudillo independiente que debía expiar más tarde con la vida su amor á la libertad, y de D^a Rita Pérez, digna esposa del que todo lo sacrificó por su causa. En las venas de la niña circulaba, pues, sangre de héroes. Sus apacibles sueños de la cuna los arrullaban las cántigas de una madre, espartana por el valor y mexicana por su ternura; ó los interrumpían los lejanos rumores de próximos combates, en que pronto iban á tomar parte activa sus padres y ella misma, inconscientemente, para quedar sujeta á la proscripción y á la orfandad.

El Sr. Rivera, en su obra *Estudios sobre varias materias*, resume en unos cuantos renglones con una sencillez cautivadora, la vida de Guadalupe, trazándola á grandes rasgos.¹ Dice así:

«La cuna de la niña Guadalupe fué el heno de las profundas cañadas: estuvo á punto de ser degollada en su infancia; vivió en casa ajena y separada de sus padres, como prisionera; no conoció á su padre; lloró la horrible muerte de él; y cuando tras larga tempestad apenas había aparecido la estrella del amor, cuando todavía estaba fresca en sus sienes la corona de verbena de su fiesta nupcial, fué sacrificada por la peste (1833) (ella solamente entre todos los de su familia) á la temprana edad de veinte años.»

Después de leído lo anterior, no añadiríamos una palabra más, sino para tributar un elogio al autor de los apuntes históricos á que nos hemos referido.

* Su verdadero apellido es Moreno, pero una circunstancia que el lector encontrará en el curso de esta narración, hizo que se le conociese con el de Brilanti.

¹ He seguido á este autor en todo lo relativo á la familia Moreno, porque él conoció y trató á algunos miembros de ella, y su relación es, sin duda alguna, la más exacta; en otros autores sólo he hallado apuntes ligeros acerca del asunto.

Pero él nos perdonará que tomándolo por guía, hagamos un estudio más extenso de la hija de Moreno.

Dos años cuatro meses contaba Guadalupe, cuando su padre se lanzó á la lucha seguido de su esposa, sus hijos, y multitud de personas adictas á la causa independiente. Sus padres no quisieron exponerla á la vida azarosa que iban á seguir, y decidieron confiarla al cuidado del Padre Bravo, que residía en la Hacienda de Cañada Grande, y que les era enteramente adicto.

La niña quedó en manos extrañas; su edad no le permitía apreciar su verdadera situación, pero el primer dolor marcaba ya su frente de ángel, destinada á llevar la corona de los mártires, y sus lágrimas rodarían por sus mejillas á menudo, sin que los labios maternales las secaran con sus ardientes besos. Un niño sin padres es una flor en capullo que se marchita moralmente por falta de savia. El amor de otros seres, por grande que sea, jamás alcanza para llenar el corazón de un hijo. ¿Quién más que una madre, vela y llora á la cabecera de ese hijo enfermo? ¿quién adivina sólo por un instinto peculiar el lenguaje, los ademanes y hasta los pensamientos del niño que duerme en la cuna ó empieza á dar sus primeros pasos? ¿Quién que no sea madre puede serlo? Guadalupe debió sentir desde entonces esa terrible nostalgia del desterrado, que nadie tiene poder para curar, y que derrama tanta amargura en las almas delicadas y sensibles á todos los dulces afectos.

El sacrificio de sus padres fué grande, y uno de los muchos que hicieron por la noble idea de la emancipación, pero acaso el más doloroso, por lo mismo que afectaba directamente el sentimiento de la paternidad.¹

La madre de Guadalupe besó ardientemente á aquel pedazo de su corazón; sus lágrimas mojaron aquel rostro infantil, y en un adiós supremo dejó á la niña cuanto podía dejarle: una herencia bien triste, la orfandad. La heroína partió á los campos de batalla, y la niña quedó bajo el techo de un hogar extraño, sin conciencia de su desgracia.

Las alas de la muerte parecían cubrir ya de sombras aquella cabeza infantil y pura, que no tenía más crimen que haber nacido de dos seres destinados al sacrificio.

Guadalupe, como hemos dicho, vivía en la Hacienda de Cañada Grande al cuidado del Padre Bravo. Moreno iba una que otra vez, durante sus excursiones á aquella finca, y entonces tenían lugar entre el padre y la hija escenas de ternura, que descritas pierden mucho, y experimentadas arrancan llanto de los más insensibles corazones. En una de estas veces, teniendo Brilanti, comandante de Durango, y el cura Alvarez, noticia de que Moreno estaba en la Cañada, trataron de sorprenderlo: y al efecto, se dirigieron á la Hacienda por distintos rumbos.

La Providencia condujo á Brilanti el primero, quien no hallando á nadie más que á la niña Guadalupe, la tomó en sus brazos declarándola su prisionera. El cura Alvarez, cuyos feroces instintos probó más de una vez, y para quien la clemencia debía ser un sentimiento inútil, llegó después que su compañero de armas, y mirando á la niña, quiso apoderarse de ella, degollarla y llevarse la cabeza como un trofeo.

La idea solamente de un hecho así, horroriza, y preciso es pensar en los desastres que ocasionan las guerras, para comprender la ruin venganza de este nuevo Herodes. Brilanti se opuso al criminal deseo de Alvarez, y con una noble energía le dijo: «Ni un grano de maíz he tomado de esta Hacienda, nada más que á esta niña. Ella es mi prisionera, y vd. no tiene ninguna facultad sobre ella.»² El guerrero, que por su carácter debía carecer de sentimientos piadosos, se levantaba frente al sacerdote dándole un ejemplo de generosidad, y salvando una vida que el otro quería sacrificar inútilmente. ¡Oh! las pasiones serán siempre los más crueles enemigos de la humanidad, y si los principios se juzgasen sólo por quien los profesa y defiende, si su alta y noble significación hubiera de considerarse bajo el punto de vista de la personalidad, la virtud sería imposible. Sin embargo, para honra de las mismas sociedades, los monstruos, como Alvarez, son pocos y siempre llevan en pos de sí el anatema popular.

Brilanti, al apoderarse de Guadalupe, no sólo le salvó la vida, sino que se propuso hacer con ella veces de padre, y la condujo á su casa en Lagos, adonde fué objeto de atenciones y delicadezas que honran á su salvador. La vestía con lujo, la roleaba de cuanto podía necesitar para vivir bien, y más que todo, la amaba con el tierno cariño de un buen padre. Ella, no obstante su corta edad, quizá por instinto, comprendía de lo que era deudora á aquel hombre genero-

¹ A pesar de ésto, Moreno, á quien propusieron estando prisionera su hija Guadalupe, el cange de tres realistas que él tenía en su poder, contestó: «Mi hija no sirve de nada á la patria,» y en seguida mandó fusilarlos.

² Rivera, obra citada.